

## **PALABRAS DE D. CÉSAR FRANCO, OBISPO DE SEGOVIA, EN EL HOMENAJE A D. DOMICIANO MONJAS EL DÍA 3 DE MAYO DE 2022**

Es una alegría para la diócesis de Segovia y para su obispo que el ayuntamiento de la ciudad haya acogido con generosidad la iniciativa de la Cofradía de la Esclavitud del Santo Cristo de la Cruz de la parroquia del Cristo del Mercado de otorgar a esta glorieta el nombre del sacerdote segoviano Don Domiciano Monjas. Me uno a los motivos que se han presentado para esta distinción de la sociedad y quiero resaltar algunos que me parecen muy significativos para nuestro tiempo.

Conocí a don Domiciano al poco tiempo de llegar como obispo a Segovia en un acto fraterno que los sacerdotes celebran el día de san Juan evangelista. Según me dijeron, siempre intervenía con humor y gracia literaria para amenizar la fiesta en tono festivo, al estilo de un juglar que canta las historias de su pueblo. Don Domiciano se distinguía por su amplia cultura, su conocimiento del hecho religioso y su deseo de alentar la vida de la gente subrayando lo positivo de la sociedad y dejando a un lado lo negativo o lo que podía ser causa de división, discrepancia y enfrentamiento. Era, por así decir, un hombre de diálogo, conocedor de los entresijos del alma humana y de la necesidad que el hombre tiene de ser comprendido y amado, antes que juzgado o criticado.

Los que le han conocido mejor que yo, saben que le gustaba hablar con la gente del barrio, crear lazos de fraternidad y buscar lo que une más que lo que divide. Encajaría perfectamente en la descripción que el Papa Francisco hace del sacerdote que la sociedad necesita hoy, cercano y asequible a los hombres. Su experiencia de profesor de inglés en un instituto de Segovia añadió a su experiencia adquirida en el ejercicio de su ministerio la del trato con las nuevas generaciones y el conocimiento de sus inquietudes.

Otro dato de actualidad es la promoción del ecumenismo, tarea en la que ayudó a Don Julián García Hernando, también sacerdote diocesano y fundador de las Misioneras de la Unidad, bien conocidas en esta parroquia. Un buen católico, y si es sacerdote por partida doble, es un buen ecumenista porque busca la unidad de los cristianos que es la tarea que Cristo confió a los apóstoles antes de partir al Padre. También hoy el ecumenismo es tarea urgente para la que no basta la buena voluntad, sino que es necesaria la formación en los ámbitos propios de las diversas iglesias y comunidades cristianas.

A pesar de su enfermedad del Parkinson, que avanzaba de modo inexorable, don Domiciano estuvo siempre a disposición de la parroquia especialmente en la atención personal del sacramento de la penitencia y acompañamiento espiritual. La gente le buscaba porque veía en él al

pastor fiel, siempre dispuesto a la acogida y pronto a dar el consejo necesario y prudente. Más de una vez acudió a mí para reiterarme su buena disposición a seguir adelante en este ministerio que, según me consta, lo realizaba con singular competencia y generosidad. Era un sacerdote formado en el preconconcilio pero que supo conjugar su formación clásica (y digo clásica en el sentido más noble de la palabra) con la adaptación al tiempo moderno y ser así un testigo fiel del Señor, de la Iglesia y del evangelio. Quiero subrayar algo que me parece importante para nuestro tiempo, tan dado a los contrastes y a las contraposiciones dentro y fuera de la iglesia: en la experiencia espiritual de don Domiciano no existía la dicotomía que enfrenta a Cristo y a la Iglesia. Vivía estas dos realidades en perfecta armonía luchando contra cualquier tipo de contraposición o enfrentamiento. Era un hombre profundamente eclesial y diocesano, como lo manifestaba en sus manifestaciones públicas y en la predicación sobre el misterio de la Iglesia.

Ya he hablado de su humor, nota distintiva de personas inteligentes y sabias. Lejos de toda amargura y resentimiento, integraba las situaciones comprometidas en una óptica superior, la de la vida sobrenatural, que no le separaba de la realidad, sino que la interpretaba con la luz de la revelación. Su humor nacía de la alegría de Cristo resucitado. Me alegro, pues, que este homenaje a don Domiciano tenga lugar en este tiempo de Pascua. No me extrañaría nada que desde la altura del cielo esté tomando notas para alguna coplilla, algún entremés o, ¿por qué no?, algún argumento sobre esta glorieta que de ahora en adelante llevará su nombre. ¿Qué cosas — pensaré— tiene esta buena gente de Segovia?

+ César Franco  
Obispo de Segovia.